A LOS 116 AÑOS

LUIS MUÑOZ RIVERA

EL PROCER DE PUERTO RICO

EL Gobierno y el pueblo de Puerto Rico están celebrando este año el centenario del nacimiento de don Luis Muñoz Rivera, figura prócer de la nacionalidad puertorriqueña, en quien se da la doble circunstancia de haber sido el principal negociador y miembro del Gobierno autónomo de la isla en tiempos de España y de ser padre del actual gobernador de Puerto Rico, don Luis Muñoz Marín.

Como es sabido, Puerto Rico no recurrió nunca a las armas contra España, sino que logró su autonomía dentro de la monarquía española, en una forma análoga a la de los dominios ingleses o la actual constitución de la Unión Francesa en Africa. Don Luis Muñoz Rivera negoció esa autonomía con el partido liberal español y formó parte del Gobierno autónomo de Puerto Rico, constituído en 1897 por decreto de don Práxedes Mateo Sagasta y la reina regente Doña María Cristina. Ocupada la isla por el ejército norteamericano durante la guerra de Cuba en 1898, Muñoz Rivera se consagró a mantener la personalidad hispánica de Puerto Rico bajo la nueva soberanía. A la distancia que dan ya los hechos, puede asegurarse que Muñoz Rivera y quienes le han sucedido han conseguido su objetivo fundamental hasta el presente.

MUNDO HISPANICO se une a la celebración puertorriqueña, publicando el adjunto artículo del doctor Salvador Arana Soto, uno de los más agudos glosadores actuales de la vida y la política de Puerto Rico.

EN este año de 1959 celebra Puerto Rico el centenario del natalicio del más grande de sus hijos, Luis Muñoz Rivera, padre del actual gobernador del país, Luis Muñoz Marín. Como esta isla española, pudiera muy bien celebrarlo también la nación descubridora, de quien fué, en momentos muy difíciles de su historia, uno de los grandes sostenedores.

«Este ilustre puertorriqueño—dijo *El Globo*, de Madrid, en 1897—, que ha hecho por su país en su corta vida más que cien generaciones de paisanos suyos en los siglos transcurridos, sobreponiéndose a las circunstancias, prosigue su obra fecunda con una firmeza que excede a toda ponderación. A él deberá la hermosa isla de Puerto Rico el título inapreciable de su mayoría de edad...»

Lo que no sabe el mundo hispánico es el esfuerzo que hizo por España, y precisamente en el momento en que se volvían contra ella las otras dos Antillas, declarándole una guerra cruel. Porque Luis Muñoz Rivera era, y nunca lo olvidó, lo mismo que su isla, un español-puertorriqueño o un puertorriqueño-español. De regreso a su tierra después del viaje que hiciera a España en 1895, declaraba: «Regreso a los trópicos tan español como siempre y más puertorriqueño que nunca.» Para esa época ya había definido su política. El, para quien «el deber de los hombres políticos es obtener, por medios honrados, el mayor caudal de fuerza para implantar sus ideales en la sociedad en que trabajan», quería «establecer en el país la preponderancia justa, legal y legítima de los hijos del país, bajo la bandera española..., que debía sernos cara cuando la viésemos tras el prisma del gobierno propio, de las leyes democráticas, de la imprenta libre y del amplísimo sufragio».

A la nación descubridora decía: «España, nosotros queremos educar y redimir a nuestros hermanos; formarlos en la escuela y en el taller, en el estudio y en el trabajo; levantar con ellos una sociedad de hombres libres· desarrollar las virtudes cívicas que poseen por instinto; vestirlos, nutrirlos, que tengan vigor, que tengan sangre, que sepan escribir, que sepan leer, que lleguen a sentirse orgullosos de su abolengo castellano al penetrar en tu historia y al admitir tus proezas legendarias.» Y a sus compatriotas: «Nuestra isla, sin convulsión, sin lucha, sin sacrificios, sin horrores, sin lágrimas, se constituirá en política de un modo definitivo y entrará con planta firme a resolver sus propios asuntos y a fijar sus doctrinas en el porvenir...»

Y a don Miguel Moya le escribía el 14 de abril de 1897: «La política nuestra será la política española. Claro que los moldes no resultan excelentes; pero ¿hay otros mejores? La isla responde de un modo admirable. Mi propaganda de seis años preparó los espíritus; la guerra de Cuba completó la obra. Y hoy ningún hombre de juicio piensa en convulsiones ni en revoluciones: se quiere la paz, se quiere la libertad, con la soberanía española como base. Sin eso, ni aun la autonomía más franca aceptaríamos.

»Sólo con la esperanza de que se nos trate bien ya no existe el temor de una revuelta; ya nadie siente antojos separatistas. El país es español y lo será siempre, si España misma, engañándole, no le arroja al abismo en que Cuba se arruina y se pierde.

»En nuestra revolución, he ahí lo importante, lo trascendental; en lo que tiene de político, el movimiento es útil, fecundo, conveniente; en lo que tiene de patriótico, es noble, amplio, generoso, porque a la metrópoli y a la colonia evita sangre y lágrimas; porque convierte a Puerto Rico en un pedazo de la patria, y a los puertorriqueños, en españoles de veras, como usted, como el propio Sagasta y el propio Cánovas.»

Tal era su política a fines del siglo cuando en la vecina isla de Cuba corría la sangre española y cubana a torrentes. Odiaba la violencia; nada podía conseguirse por ella que no se pudiese conseguir también por medio de la palabra y la diplomacia. Y nunca le parecía tan odiosa como cuando la ejercían hermanos contra hermanos; no la concebía entre españoles y puertorriqueños. Constructor, edificador por naturaleza, le parecía el peor de los crímenes el del que destruye la obra ya hecha. No concebía que destruyésemos los puertorriqueños en la menor parte la obra de España en América, máxime cuando la obra de España en América era nuestra propia obra.

Por estas razones propuso, como solución al problema político de su país, el pacto con el partido liberal fusionista de Sagasta, que vino a ser realidad en 1897, y gracias al cual subieron al poder los liberales autonomistas puertorriqueños por primera vez en un cuarto de siglo, quedando zanjadas las diferencias entre los dos países. Poco después firmaba la reina el decreto autónomo, en noviembre del mismo año, y la autonomía venía a manos de la mayoría del país, que era liberal. Pero en abril del año siguiente los Estados Unidos declaraban la guerra a España, y meses después se venía abajo el edificio con tanta paciencia construído por los puertorriqueños al firmarse la paz entre los dos países y pasar esta isla a poder de los vencedores. Hasta el último momento cumplió Luis Muñoz Rivera con su deber; declarada la guerra, «al frente de los empleados del Ministerio de la Gobernación, se alistó en el batallón de Tiradores de Puerto Rico, ofreciendo su vida y hacienda en honor a la bandera que entonces tremolaba en los castillos isleños», escribe un autor.

Y perdida la guerra para España y consumada la ocupación de la isla de Puerto Rico por las tropas norteamericanas, Luis Muñoz Rivera tremola la bandera del regionalismo, oponiéndose a la absorción del país por el invasor, preservando la personalidad de la isla. A él debemos que todavía hoy, sesenta años después, sea aún el país más español del mundo, después de la misma España; a él le debemos que la pequeña isla no pierda la esperanza de jugar algún día un papel útil en el concierto de los países hispánicos.)

Todavía en el año de 1907, ocho después de la invasión, declaraba en una fiesta en el hotel Inglaterra: «Mis enemigos, creyendo ponerme en pugna con las autoridades americanas, me acusaron de *españolizado*. Yo desdeño el epíteto, que es una injuria. Españolizado no; soy español por la sangre de mis abuelos, por mi culto a las artes y a las letras, por mis sentimientos de simpatía hacia los civilizadores del hemisferio en que llegué a la vida; por mi compenetración con los caracteres distintivos del alma ibérica. Renegar de esto sería como renegar de mí mismo.»

Por todo esto se le ha podido llamar un «gran caballero de la raza». Por todo esto pudo decir Evaristo Ribera Chevremont: «Muñoz Rivera era español; su corazón y su plectro tenían el temple de una espada dè Toledo. Nos recuerda a los bravos capitanes de la conquista. Su figura férrea y soberana pasa por entre el estruendo y los humos gloriosos del Romancero.»

Y por todo esto, digo yo, podría con mucha propiedad celebrar su memoria la nación madre, a quien tanto defendió en tan difíciles momentos, exponiéndose a críticas de la peor intención, que le costaron infinitos sinsabores y pudieron costarle el liderato del país en momentos trágicos tanto para Puerto Rico como para España. Defendió juntos a ambos países y sufrió por ambos.

Es por esto por lo que debe recordarlo el mundo hispánico y especialmente España. Que fué el líder indiscutible de su país, su político más grande; que su popularidad, en las palabras de un escritor, fué «enorme y única»; que su entierro constituyó una apoteosis; que fué uno de los grandes oradores del país, uno de sus mejores poetas, el más grande de sus periodistas, un formidable luchador «con cualidades notables para el gobierno», todo eso es detalle. Lo esencial es que todas esas excelencias las puso al servicio de la patria chica y la patria grande, y, sobre todo, en las palabras de *El Globo*, de Madrid, ya citado: «No hay que olvidar ni un solo momento la inmensa deuda que la patria ha contraído con el ilustre jefe del partido liberal autonomista, don Luis Muñoz Rivera...»

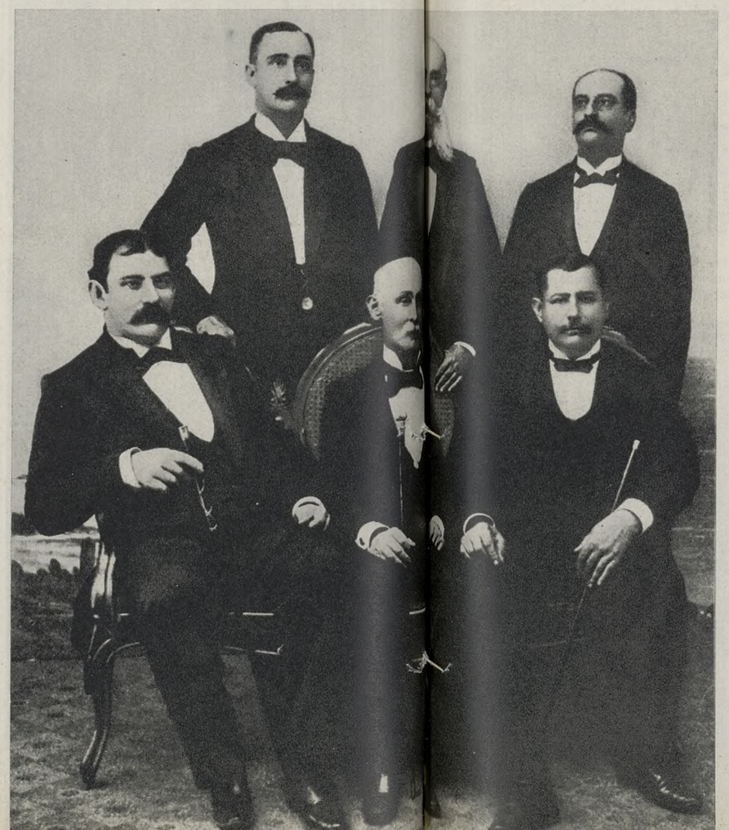
De haber tenido hombres como él Cuba y Santo Domingo a fines del siglo pasado, muchas amarguras se hubiesen evitado a sí mismos y a la madre patria. De haberlos tenido las provincias españolas de América a principios del mismo siglo, cuando Napoleón ocupaba todavía España, se habrían evitado aquella cruel guerra fratricida, los sangrientos corolarios del caudillismo y los bochornos de la intervención imperialista extranjera. De haber tenido aquellos países hombres como Luis Muñoz Rivera, otra habría sido la historia de América y de España. Con hombres como éste no se habría debilitado el mundo hispánico, convirtiéndose en una dispersión de regiones hostiles entre sí, a merced de despóticos caudillos, víctimas del filibusterismo internacional, ni habría quedado la madre patria relegada a la condición de débil potencia europea. Con hombres como Luis Muñoz Rivera se hubiese conservado el mundo hispánico como una íntima asociación de pueblos hermanos... Y con tales Españas el papel que hubiesen jugado en el mundo los países imperialistas, como Alemania, Estados Unidos e Inglaterra, hubiese sido poco menos que indiferente, y poco podría preocuparnos hoy el peligro que representa la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

El mundo hispánico no hay duda que crecerá y se desarrollará. Algún día sacará sus cuentas y se preguntará a qué hombres, después de los descubridores y conquistadores, se ha debido tan ingente edificio; qué hombres tendieron a destruirle, aun con las mejores intenciones, y cuáles contribuyeron a fortalecerle y conservarle. Entonces veremos levantarse sobre la cumbre de la cordillera borincana la ingente figura del prócer puertorriqueño, para tomar su elevado puesto entre los más grandes de la América española. Pero no es necesario esperar tan fausto acontecimiento para que España, que es la madre, recuerde desde ahora a uno de sus mejores hijos.

SALVADOR ARANA SOTO

(Fotografías: INSTITUTO DE CULTURA PUERTORRIQUEÑA)

Esta es la tumba de don Luis Muñoz Rivera, en Barranquitas. El frondoso paisaje pone su escenario natural, haciendo de este rincón una especie de aparte bucólico. «Regreso a los trópicos tan español como siempre y más puertorriqueño que nunca», había dicho. Y ahí, en el trópico, permanece en su tumba, anclado en su propia tierra.



El Gobierno autónomo de Puerto Rico, constituído en 1897, dentro de la monarquía española. De izquierda a derecha, sentados, Luis Muñoz Rivera, Francisco Mariano Quiñones y Manuel Fernández Juncos. De pie, Juan Hernández López, José Severo Quiñones y Manuel F. Rossy. Muñoz Rivera era secretario de Justicia y de Gobernación.

Esta es una perspectiva del despacho de don Luis Muñoz Rivera, tal y como ha quedado instalado en su casa natal de Barranquitas, Puerto Rico, al celebrarse el centenario de su nacimiento. En él se han reunido una valiosa serie de recuerdos y documentos. Presidiendo la sala, el retrato de don Luis Muñoz Rivera.